

Variaciones en rojo

Patricio Jara

En la ciudad del Duque De Parma,
a diez y ocho días del mes de noviembre
del año de Nuestro Glorioso Señor Jesús Cristo de 1845.

Mi muy estimado aunque formalmente desconocido Achille:

Con el respeto debido y profundísimo, amén de la notable solemnidad que el sencillo merece, me atrevo a escribir esta carta. Por más que el temor y la vergüenza amenacen con hacerme alejar la pluma del papel, no he podido yo, Gabriele Ferrigno Chiarello, natural de Toscana, médico cirujano y asistente de cátedra en la Facultad de Medicina de la Universidad de Parma, contravenir el impulso ni el deber que me ha sido encomendado no sin grande urgencia.

Fuerte es la inquietud que soterra mi espíritu cuando traigo a memoria todo cuanto debéis ahora saber, y hago votos porque en mis humildes líneas encontréis más certezas que incertidumbre, pues no es sino sobre asuntos pertinentes a vuestro padre de quien debo ponerlos al corriente.

Por más que el tiempo con sus distancias lícen vuestro vínculo en una nebulosa inmensurable, abrigo esperanzas de que estos papeles no terminen en el fuego sin antes haber sido leídos y calibrados por vos y vuestros más próximos consejeros. Es por esto, apreciado Achille, que busco la buena manera de inspiraros confianza cuando apenas de mi nombre y mi oficio tenéis referencias, mas no encuentro otra que compartir mis recordaciones de la primera vez que viera una presentación pública de vuestro padre.

Permítome decir que ésta ocurrió en las populares fiestas de San Agustín celebradas en Lucca. Allí, músicos de toda Italia son convocados año tras año a una serie de torneos en sitios públicos o bien en exclusivas salas, las que, confío, ya habréis visitado.

Recuerdo como si fuere ayer el momento en que apareció en el estrado un joven tan delgado e interminable como interminable era la oscura cabellera que bajaba por sus hombros, perdiéndose en su traje corto, ajustado y cuyas mangas apenas lograban cubrir el antebrazo o las canillas, para el caso de sus pantalones. Mantengo en mi memoria con una claridad perturbadora los rostros de la multitud congregada y su asombro incontenido, sus murmullos y sus chistes en sordina, como si dispusieran de buena gana a una humorada en el instante en que vuestro padre caminó por el escenario a pasos agigantados hasta pararse en el medio exacto del tableado. Desde allí, él observó al público con la sonrisa torcida, a guisa de advertencia mientras ajustaba el arco de su violín, pues de súbito, sin siquiera esperar a que los presentes guardaran la mínima compostura, comenzó entonces su espectáculo.

No exagero, respetado Achille, cuando os digo que todos los que estábamos ese día en la celebración quedamos maravillados. Después de los primeros acordes nada hubo de importar. Ni los estafalarios atuendos ni la ridícula forma de su instrumento mellaron la perfección que brotaba de aquel estrado. Un poeta diría que el baile de notas impregnado en la melodía de vuestro progenitor extendióse sobre el público como un manto terso y perfumado que apenas nos permitió respirar. Fueron apenas tres y medio minutos de una pieza majestuosa, resultado de un virtuosismo nunca antes visto ni por los más entendidos que se contaban aquella tarde en Lucca, que de por sí muy numerosos eran.

Mis conocimientos musicales son discretos, mas suficientes para decir que los armónicos, como espero ya muy bien sepáis, fueron por vez primera utilizados de modo cabal y no en simple *adornamento*. Es más, me atrevo a sostener que fue en aquella memorable jornada cuando el *pissicato* tuvo un antes y tuvo un después, debido a la mezcla

de rapidez y certeza que aquel joven desgarbado supo imprimirle como respuesta a las burlas de bienvenida.

Ninguno de los personajes más célebres y doctos, ninguno de aquéllos que apenas verlo fruncieron el ceño, indispuestos a perder el tiempo con números cómicos, podían entender ahora la velocidad ni la precisión que había en esos dedos largos como dagas y blancos y fríos como velas moldeándose en el aire nocturno.

Los presentes sólo volvimos a respirar una vez que terminó su muestra. En medio de un sobrecogedor silencio, tras encogerse de rodillas, el músico inclinó el arco de su violín como una lanza y desafió a los presentes con la misma sonrisa torcida con que había aparecido en el estrado. Tanto habría de ser el asombro que nadie se atrevió a dar pie al aplauso, y éste sólo llegó luego de que por el costado un desconocido levantóse de su butaca a preguntar, viva voce, quién era aquel talento, ni siquiera escrito en las pizarras de anuncio.

Él fingió no escucharle y fue sin prisa rumbo a la escalinata de salida del proscenio, mas, antes de bajar, se volteó y dijo su nombre:

“Niccolò Paganini”.

Todo lo que siguió no fue otra cosa que un estallido de aplausos y vítores al que no se encontró manera de frenar ni durante esa velada ni en las venideras, pues cuando de quien lleváis su sangre accedió a ejecutar nuevos deleites, la cantidad de gente se triplicó y tuvo que ser cambiado varias veces de escenario para que todos lo oyeran interpretar aquellas piezas que comenzarían a ascenderlo, más temprano que tarde, a las alturas de las que hoy, a cinco años de su muerte, nadie tiene ni el valor ni el talento para hacerlo descender.

Ignoro cuán exacto es vuestro conocimiento sobre la obra y vida de vuestro padre. Noticias de mis cercanos aseguran que manejáis datos, aunque numerosos, parciales, pues vuestra familia materna aún estaría empeñada en alejaros de todo contacto profundo con su legado hasta que no hayáis terminado la academia en Viena.

Es menester aseverar que fue justamente luego de esa festividad en Lucca cuando el nombre de Niccolò Paganini comenzó a tener eco en todas las regiones. No hubo sitio de Europa donde no llegaran noticias

de su controversial talento, ni músicos indiferentes a su creación, como tampoco después quedaron salones ni teatros fuera de sus largos recorridos por el continente. De un momento a otro, como una nube que se convierte en una cortina de agua sobre las ciudades, el talento de aquel joven pálido y de modales duros impregnó los caminos bienaventurados de la música. Pero así como aumentaba el asombro en quienes tuvieron la oportunidad de oírlo, así como tribunas completas voceaban su nombre, también rápidamente habría de crecer la envidia en las almas pusilánimes y rastreras que no toleraron su emergencia.

No imagináis la serie incontable de habladurías y conjeturas que se crearon para explicar su talento. Muchas lo atribuyeron burlescamente a la descomunal dimensión de su pulgar izquierdo y a la capacidad de éste para doblarse de modo nunca antes visto. Sin embargo, debéis saber que tales observaciones no bastaron, y a medida que su habilidad técnica se hizo mayor, salieron al paso quienes, insatisfechos ante las elucubraciones ya mencionadas e incapaces de resistir el magnetismo que su figura poseía, habrían de asociar al honorable Niccolò con prácticas de diablería, brujerismo y contratos con el demonio firmados con sangre a cambio de incalculables virtudes.

Tanta conmoción ocasionó su talento que los cotilleos saltaron *mixti fori* del vulgo a los eruditos dueños del papel impreso. Lo que siempre se mantuvo entre rumores pronto fue difundido como una verdad. Ya no eran suficientes los "*asemeja una araña*" de algunos, ni los "*tiene que ser del diablo; de lo contrario no se explica tanta perfección*" que susurraban, cobardes, otros.

En lo tocante, me permito compartir en esta carta que vais leyendo la semblanza que con más certeza podría describir el delirio que causare el buen Niccolò luego de su debut en el París de 1831, y que espero conservéis como una prueba irrefutable de un talento supremo, incapaz de ser explicado de otra manera que acudiendo a la imaginación.

Las palabras, por cierto, corresponden al crítico Francois Castil-Blaze, de quien ignoro más antecedentes: "*Ayer, por quinta vez, estremecimientos en los palcos. Satán sobre la escena. Satán patizambo,*

dislocado, con un arco resplandeciendo en la mano. ¡El sueño de Tartini! Su arco brilla como una lámina de acero, su rostro es pálido como el crimen, su sonrisa es bella como el infierno de Dante y su violín llora como una mujer. Mezcla increíble de averno y cielo. Sea que eso que llaman su violín suene como el tañido fúnebre de una campana, o que toque a rebato, o susurre palabras apasionadas, o se disguste, o vocifere, o rece, o se entristezca, o jure, o conjure, hace que nos arrojemos a las rodillas de Satán y lo adoremos”.

Creo imaginar el dolor que os causan estos comentarios malevolentes. Creo entender el desconcierto que ocasiona en un joven como vos enterrarse, sin la más mínima posibilidad de verificación ni defensa, que el hombre del cual vuestra vida recibisteis haya logrado su notabilidad en alianza con el demonio y su tenebra.

En verdad, apreciado Achille, comprendo vuestra irremediable congoja, mas en estas líneas es menester ponerlos al corriente de ciertos hechos que, imagino, habrán de importar en lo sumo, y cuya confianza espero brindéis en la medida adecuada.

Bien es sabido que luego del sorpresivo deceso de vuestro padre, el obispo de Niza rehusó el permiso para su enterramiento en sagrado. Esto, obviamente, por dar crédito a los rumores antes mencionados.

No obstante, hais de saber que en vida el buen Niccolò, indiferente a las habladurías infundadas por el ejercicio de artes tan temibles, nunca se preocupó de desmentirlas y simplemente espetaba con gracia que sólo al final de su carrera revelaría el secreto de su virtud. Para no pocos éste estaba contenido en una pequeña y enigmática libreta de tapa roja que concentradamente leía antes y después de cada una de sus presentaciones. Una modesta libreta de notas cuyo único atributo era resaltar entre las oscuras vestimentas del músico.

Como he dicho, tras la negativa del clérigo a permitir el rito fúnebre, quienes atendieron al inigualable finado en sus últimos días viéronse en obligación de mantenerlo durante varias semanas en la estancia donde había muerto, mas las quejas de los vecinos forzaron a trasladar el féretro al sótano de la misma, en espera de alguna resolución oficial. Empero, nuevos reclamos de los contiguos hicieron

que la junta sanitaria ordenase llevar el cadáver al depósito del *lazzaretto*.

Creyendo que en aquel lugar yacería en paz, poco tiempo hubo de transcurrir para que los conserjes denunciaran que ciertas noches oían notas de violín provenientes del entretecho del edificio. Ante tan alarmantes noticias, esta vez el cuerpo fue trasladado a los cimientos de la refinería de aceite propiedad de Davide Allemand, donde no pasaron más de dos semanas para que los trabajadores de la misma quejábanse por extraños ruidos y *músicas nocturnas*, según consta en registros debidamente fechados.

Tales episodios obligaron a la exhumación del cuerpo para ser llevado a una isla de la costa cuyo nombre se mantuvo en estricta reserva. Allí permaneció hasta que las nuevas autoridades tomaron la decisión de rendir al buen Niccolò los honores que un genio de su altura merecía. Así, una nueva ordenanza habría de firmarse, esta vez para ser llevado a Génova, donde permaneció a la espera de la revisión de competencia y legalidad del mandato prohibitorio evacuado por el obispo de Niza.

Finalmente, a los pocos días el decreto eclesiástico resultó rescindido y los restos del buen Niccolò destinados, de modo definitivo, al cementerio de Parma.

Es en este momento, estimado Achille, cuando junto a mi equipo de colaboradores hemos de tener la pertinencia que obliga a esta carta.

A la mañana siguiente de llegado el féretro, un delegado municipal visitó la Facultad para solicitar la certificación de su causa de muerte antes de la sepultura del cuerpo. Desconcertados por la noticia, accedimos sin inconvenientes, suspendimos nuestras tareas y de inmediato comenzamos los preparativos de rigor.

No es mi intención pormenorizar todo cuando hubimos de realizar, mas debéis saber que en tal empresa estuvieron participantes, junto a este servidor, los cirujanos Fabio Lione y Andrea Torricini, además de los anatomistas Alessandro Staropoli y Samuel Ildefonso, este último español y que hallábase de visita en nuestra ciudad por motivos de academia. En lo que respecta a nuestro quehacer, debo

informaros que gran sorpresa habría de llevarse el equipo médico al advertir que el cadáver se encontraba en admirable estado de conservación, de seguro producto de las condiciones climáticas de los sitios donde fue destinado previamente, de modo que no hubo dificultades mayores en practicar los exámenes y estudios que nos permitieran, tal como nos fuere encomendado, indagar en el motivo del deceso, el que por cierto atribuimos a una aguda infección estomacal ramificada a diversos órganos aledaños, y cuya copia de certificación adjunto a este correo.

Sin embargo, debo confesaros que una vez cumplida la tarea, el grupo decidió no remitir el informe sino hasta pasados tres días con sus noches. En ese lapso acordamos, de *motu proprio*, emprender una tarea aún más compleja que la ordenada por las autoridades municipales: buscar la explicación del talento natural de vuestro padre y, con ello, terminar con los infundios que empañaban su obra.

Es menester, entonces, comunicaros que luego de una pertinente y cuidadosa disección de sus extremidades superiores, hemos detectado que tal virtuosismo no es ni por remoto producto de pacto diabólico alguno, pues obedece a una hipermovilidad de tejidos presente desde el inicio hasta el término de la mano izquierda, incluyendo *ligamentum carpi volare*, ciertas zonas del *fasciculi transversi*, hasta tornarse severa en la zonas de *ligamentum annulare digiti*, *ligamentum cruciatum digiti* y *tendo m. flex. digitorum profundus*.

Esta anomalía no habría causado dolor, tumefacción ni pérdida de la extensión digital por estar acomodada a la anatomía natural de la mano, como tampoco pudo ser causante de hiperestesia sobre el trayecto profundo de ninguna *vagina tendinis* en cuestión. Es probable que ciertos aspectos del estudio permitan refutaciones, mas estamos seguros de que estarán referidas a precisiones menores que no afectan mayormente nuestro descubrimiento.

Como ya os he aclarado, nuestra empresa no tuvo más motivo que limpiar la memoria y el legado del gran Niccolò, mas será por vuestra expresa voluntad de único hijo y heredero que el detalle de este informe sea revelado en el tenor que merece. Es por esto, apreciado

Achille, que no me queda más que esperar vuestra pronta contestación para decidir el futuro de nuestro hallazgo.

Su sincero amigo y servidor,

G. F. C.

Post Scriptum:

A poco de terminar la escritura de esta carta, se ha apersonado a deshora en nuestro escritorio un bien parecido señor. El declaró no sólo haber sido amigo personal de vuestro padre, sino también estar informado de la llegada de su féretro a esta Universidad.

Este hombre, quien pidió no ser identificado, negóse por años a tener contacto alguno con la familia Paganini, temeroso de cualquier habladuría e interrogatorios posteriores; empero, consideró que ésta era una oportuna ocasión para dar fe de su natural honradez y haceros entrega, a través de este servidor, de una serie de objetos de incalculable valor que habrían pertenecido al buen Niccolò.

Procedo, entonces, a dar cuenta de ellos: siete Stradivarius, entre violines, violas y cellos, además de un violín Guarneri del Gesu con data de fabricación de 1742. Acompañaba a estos instrumentos un pequeño estuche de cuero que contiene la que sería aquella misteriosa libreta roja mencionada anteriormente, y cuyo contenido me permito respetuosamente detallar: veinte y tres direcciones de amigos personales, todos ellos domiciliados en Génova, Piacenza, Bolonia y París; ocho recetas para dolencias estomacales en base a infusiones de vegetales silvestres y una cuenta de lavandería, al parecer, impaga. El resto de las hojas permanecen en blanco.